

# Las cumanesinas de Santiago Pedroarena

Celso Medina

Universidad Pedagógica Experimental Libertador

medinacelso@gmail.com

Orcid 0000-0002-6418-0608



Santiago Pedroarena es un navarro aquerenciado en Venezuela. Graduado en Filosofía y Letras después de haber querido ser sacerdote, enseñó Lenguaje en el Núcleo de la UDO de Margarita antes de residenciarse en Cumaná, donde siguió trabajando con esta universidad, en el Departamento de Filosofía y Letras, del que fue su Jefe. Dio clases de Lengua española, Literatura española medie-

val e Introducción al Latín a los alumnos de la Especialidad de Castellano y Literatura. Vasco, Santiago quiso sumar “una otra” identidad y consiguió en Cumaná un motivo de gran peso. No solo ha vivido en ella, también ha querido comprender su historia, escudriñar sus espacios emblemáticos, leer a sus escritores, ahondar en el alma de sus personajes. Para dar fe de esa dedicación, nos ofrece un libro bien singular: *Bajo fuego de blanca luz*, texto que pretende ser una ofrenda a la ciudad que lo adoptó.

Si en la presentación de *Hagiónimos en juego* (2017), el primer libro de Santiago Pedroarena, Eduardo Gasca pilló al autor “convicto y confeso” en su prestidigitación de las palabras, ahora aquí observamos a un reo totalmente cómodo en sus reincidencias, pero con eutropelias que cambian de rumbo. Ya no son los tacos de los almanaques tradicionales los que incitan al prestidigitador, sino Cumaná, gracias a *Fuego de Blanca Luz*, la primera antología poética cumanesa, compilada y presentada por Marco Tulio Badaracco, editada por la Universidad de Oriente en 1967.

La fiesta verbal a la que nos convoca el autor ahora tiene como invitados a los poetas cumaneses, que Pedroarena glosa y desglosa en un verdadero ejercicio de topología, donde el espacio juega con repliegues gozosos.

Santiago Pedroarena utiliza la antología de Badaracco como un palimpsesto. En él raspa la superficie, para tramar 358 cumanesinas, definidas como “mirada risueña a un ramillete de palabras (nombres, apellidos, títulos de textos y otras) identificativas de o vinculadas con” los 72 poetas recogidos por el antólogo. La palabra “raspar” es aquí muy pertinente. Recordemos que el palimpsesto, según el Diccionario de la Lengua Española, es una “Tablilla antigua en que se podía borrar lo escrito para volver a escribir” o “Manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior que fue borrada”. El crítico francés Gérard Génette hace de este texto una metáfora para teorizar la intertextualidad en la literatura. El acto de leer un palimpsesto tiene como punto de partida un “raspado” sobre la superficie para escudriñar qué hay detrás de los trazos superficiales, pero

también un palimpsesto no solo se debe leer, también hay que reescribirlo. Y lo reescrito es un texto hecho no de líneas, sino de magmas, capas donde se mixtura lo leído con lo creado.

Marco Tulio Badaracco fue poeta y líder cultural de Cumaná. Dirigió revistas, periódicos, creó grupos literarios, participó activamente en la gestación de la cultura artística cumanesa. Y desde esa experiencia se dedicó a recoger poemas que revelaran el “alma” de la ciudad que vivió con intensidad. Pide prestada una imagen al poeta cumanés Dionisio López Orihuela, que localiza en el primer verso del último terceto de su soneto “El fiel color”. “Fuego de blanca luz en él se anida”, dice textualmente ese verso. Badaracco en la pequeña introducción de su antología afirma: “Nacido yo en este pueblo, y de acendrado amor a mi tierra, volviendo sobre sus merecimientos, para confirmar el aserto, me di al afán de recoger algunas composiciones de personajes cumaneses, rebuscando en viejos periódicos, en revistas aquí editadas, en hojas volantes de antigua data”. De modo que no son “poetas” los que interesan a Badaracco, sino “personajes” que ofrezcan con mayor autenticidad el alma buscada de la ciudad natal.

¿Qué hace Santiago Pedroarena con esa antología? La convierte en un texto total, sobre el cual levanta sus cumanesinas. La glosa y la desglosa. La hace hablar y habla con ella. Y crea su ornitorrinco literario (esa idea es de Eduardo Gasca). Es decir, un género que tiene muchísimos elementos, donde lector y escritor se funden.

*Bajo fuego de blanca luz* está tramado por un recorrido que Pedroarena realiza sobre la selección de Badaracco; su texto es un libro que va sumando cumanesinas, género poético-exegético, con el que el autor lee, anota, evoca personajes de otras latitudes geográficas y textuales, ironiza y recrea las situaciones yuxtaponiendo las capas de un magma imaginario. Se juega con importantes ecos: los nombres, títulos de textos, topónimos cumaneses gestan una escena ecoica, donde los signos danzan en su eutrapelia. La cumanesina 3 es ejemplo de eso: “Tres Picos no conoció / el sombrero de tres picos / y El sombrero de tres picos / nadie en Tres Picos leyó”. El llamado pie de página está siempre presente, para orientar al lector (¿o para divertirlo?). En su accionar filológico, Pedroarena “frota” las palabras, para

que estas liberen sus ecos. Por ello “Tres Picos” es, a la vez, un pueblo campesino de Cumaná y una obra narrativa del autor español Pedro Antonio de Alarcón. Ese autor tiene el mismo apellido de un poeta cumanés, que escribió el soneto “Cruz” (Juan Miguel Alarcón) y su apellido provoca el juego ecoico, del cual formará parte también la palabra “cruz” en la cumanesina 5, que dice: “Pinta el poeta Alarcón / Cruz de encanto, cruz preciosa, / capaz de trocar en rosa / la cruz de Cruz Salmerón”.

El género literario que inventa Santiago Pedroarena es una pieza “filologizada”; es decir, es un producto de la exégesis: se genera a partir de un trabajo crítico-interpretativo, pero el reporte del filólogo no se atiende solo a “interpretar”; también crea, y su resultado es otro género en el que el autor echa mano a su pulsión irónica y a su goce con las palabras, manejando con asombrosa eficacia los anagramas, de modo que las palabras se convierten en risueños camaleones. Leamos estas cumanesinas: “Los versos de Conjunction / no narran copulación” (15), “Hacen tus ojos / mejor que abrojos / abrir los ojos” (22). Pero no solo las palabras liberan sus ecos para generar la eutrapelia de Pedroarena. También hay otro juego eficiente con la rima y el ritmo; con eufonía y cacofonía, las palabras no se hacen presentes solo con letras, suenan y más que leerlas, hay que oírlas. Estas cumanesinas pudieran confirmar nuestro argumento:

166. Pateando Santa Inés / más Caigüire y Altagracia, / sin recurrir a farmacia / desaparece el estrés.
167. En Cantarrana / canta la rana.
168. En Boca de la Sabana, colita de rana sana o no sana.
169. La boca de la sabana, abierta.
170. No muere por la boca la sabana.
171. Por Camino Nuevo no anda Río Viejo.

Para tramar sus cumanesinas Santiago Pedroarena no solo se atiende al libro de Badaracco. En el telón de fondo de ellas, flota un saber sobre Cumaná; sobre sus poetas, su historia, sus personajes, sus espacios... y también sobre los saberes culturales universales. El palimpsesto trabajado se construye sobre la ciudad que el autor ha venido “experimentando”. Una ciudad que vive permanentemente fundándose en un lúcido y sensible habitante que tuvo que inventarse un género literario para dar cuenta de su lectura existencial.